

Fragmento del libro --Por el sendero de los pájaros--

Paginas: 43-44-45-46-47

La canción (cuento breve)

Hace un largo tiempo que no pasaba por esa zona, iba protestando de la desprolijidad de las baldosas y de los pequeños desagües que ayudan a tropezarme cuando vi al hombre de rodillas sobre la vereda. Presto a esquivarlo, murmura un nombre como lo hacía alguien entonces, esa palabra que me causaba tanta ira tonta en la niñez. Aunque fije mi atención en su rostro de barba desprolija, nada me era familiar, pero su voz atrapo una hebra de mi memoria con tenacidad.

Fueron las cinco de una tarde plomiza de otoño, cuando el caído dijo con vos suave ¡ayúdame amigo! me apresure a socorrerlo y DIOS sabe que lo hubiese ayudado aunque fuera un desconocido. Con premura tome el celular y desesperado llame a la policía y a emergencias. Los transeúntes lo miraban con indiferencia como es de esperar en cualquier ciudad, mas aun en ese espacio donde según supe después, se había hecho odiar y temer; Sin darme tregua

todos mis sentidos me gritaban ¡es Juan Gómez!
y sin reparo me senté en el suelo recostándome
contra un automóvil estacionado, abrí las piernas
y lo arrastre como pude apoyándolo contra mi
pecho para mantenerlo cómodo. Con el brazo
derecho se sujetaba a la mitad donde manaba
su sangre fruto de un feroz tajo que le abrió el
vientre. Sin demorarme, a tientas, puse mi mano
sobre la suya y sentí la calidez viscosa que se
escurría y la angustiante sensación de que
nuestros dedos sostenían sus intestinos para
que no emergieran. Me saque como pude el
abrigo y lo tape porque sentí que temblaba.
No se quejo ni una sola vez, quizás no sentía
dolor o porque la expresión 'dolor' era ínfima
para describir el momento, habían pasado varios
minutos y la ayuda no llegaba.
Como tenía mí otro brazo a la altura de su pecho
sobre la campera, estaba seguro que no se
derrumbaría hacia ningún lado, así que fue solo
cuestión de esperar y continúe marcando los
mismos números, hasta agotar la batería.
Todo transcurría lentamente...
Fue cuando inicié a relatar mis recuerdos de
nuestra infancia, logre que me siguiera con

entusiasmo y unos momentos después mis palabras nos llevaron de paseo por la vieja casa de sus abuelos, por el patio de los vecinos, por los pastizales de los terrenos baldíos donde hacíamos los campamentos de las siestas y donde escondíamos nuestros tesoros, sueños y tristezas. Cada vez que interrumpía mi hablar, podía oír su risa suave y sentir el vaivén de su cabeza asistiendo o negando algún comentario. Pasaban los minutos...

...cuando al fin se me terminaron las vivencias más atrapantes, empecé a tararear una canción a la que entre varios chicos le habíamos cambiado la letra, hacia cincuenta años. Me sorprendió gratamente que la él recordara con tanta claridad, como pudo entonó unos versos que me ayudaron a retomar la memoria adormecida y cantamos; fue cuando entrecerré los ojos y por un instante pude sentir nuestra niñez como entonces.

En ese instante sentí que se fugaba de prisa el tiempo...

...y un rato después arribo la ambulancia. Nos halló sentados sobre una gran mancha que fuera roja húmeda y se volvió seco carmesí y ocre.

Juan había muerto apoyado contra mi pecho
esbozando una sonrisa y mirando sin ver con
sus grandes ojos entreabiertos, mientras yo aún
vocalizaba esa canción casi absurda que lo
mantuvo aferrado a nuestros mágicos e
inocentes días felices, lejos del pánico a lo
inevitable.- FIN

Este cuento recibió varios reconocimientos literarios